



TRAMAS Y TENSIONES EN LA ESCRITURA DE RODOLFO WALSH

PLOTS AND TENSIONS IN THE WRITING OF RODOLFO WALSH

Cynthia B. Díaz

cbdiaz@perio.unlp.edu.ar

<http://orcid.org/0000-0002-5876-7154>

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

RESUMEN

La autora recupera en este artículo las principales reflexiones de su tesis doctoral «Rodolfo Walsh: trama y tensión. Materialidad narrativa e historicidad» (Díaz, 2016). La investigación, que partió de analizar la escritura de Rodolfo Walsh como interpelación política, ideológica, cultural y comunicacional, retoma los planteos relativos al lenguaje, el discurso, la ideología, la narrativa, la escritura y la cultura para, de ese modo, establecer y trazar nuevos mapas, y para encontrar los puntos de fuga y las multiplicidades presentes en la narrativa de Walsh.

PALABRAS CLAVE

tramas, tensiones, escritura, Walsh

ABSTRACT

The author recovers in this article the main reflections of his doctoral thesis «Rodolfo Walsh: plot and tension. Narrative materiality and historicity» (Díaz, 2016). The investigation, which departed to analyze the writing of Rodolfo Walsh as political, ideological, cultural and communicational context, questions related to language, to speech, to ideology, to narrative, to writing and culture to, in this way, establish and map new maps, and find vanishing points and multiplicities present in the narrative of Walsh.

KEYWORDS

plots, tensions, writing, Walsh

RECIBIDO

15 | 01 | 2017

ACEPTADO

05 | 04 | 2017

TRAMAS Y TENSIONES EN LA ESCRITURA DE RODOLFO WALSH

Por Cynthia B. Díaz

El domingo 7 de febrero de 2016, Jorge Lanata escribió en su columna semanal del diario *Clarín* algunas de sus opiniones acerca de la militancia y de lo que él denomina «kirchnerismo residual» instalando, nuevamente y con fuerza, la llamada teoría de los dos demonios:

Nunca va a terminar de arrepentirse el gobierno K de haber invitado a Tzvetan Todorov, el filósofo búlgaro-francés, a visitar el Parque de la Memoria. Al poco tiempo publicó en *El País* de Madrid: «En el catálogo institucional del Parque de la Memoria, publicado hace algunos meses, se puede leer: "Indudablemente, hoy la Argentina es un país ejemplar en relación con la búsqueda de la Memoria, Verdad y Justicia". Pese a la emoción experimentada ante las huellas de la violencia pasada, no consigo suscribir esta afirmación. En ninguno de los dos lugares que visité vi el menor signo que remitiese al contexto en el cual, en 1976, se instauró la dictadura, ni a lo que la precedió y la siguió. Ahora bien, como todos sabemos, el período 1973-1976

fue el de las tensiones extremas que condujeron al país al borde de la guerra civil. Los Montoneros y otros grupos de extrema izquierda organizaban asesinatos de personalidades políticas y militares, que a veces incluían a toda su familia, tomaban rehenes con el fin de obtener un rescate, volaban edificios públicos y atracaban bancos. Tras la instauración de la dictadura, obedeciendo a sus dirigentes, a menudo refugiados en el extranjero, esos mismos grupúsculos pasaron a la clandestinidad y continuaron la lucha armada. Tampoco se puede silenciar la ideología que inspiraba a esta guerrilla de extrema izquierda y al régimen que tanto anhelaba. Como fue vencida y eliminada, no se pueden calibrar las consecuencias que hubiera tenido su victoria. Pero, a título de comparación, podemos recordar que, más o menos en el mismo momento (entre 1975 y 1979), una guerrilla de extrema izquierda se hizo con el poder en Camboya. El genocidio que desencadenó causó la muerte de alrededor de un millón y medio de personas, el 25% de la población del país. Las víctimas de la represión del terrorismo de Estado en la Argentina, demasiado numerosas, representan el 0,01% de la población"» (2016, en línea).

Esta declaración es solo un ejemplo de los muchos que utiliza Lanata a lo largo de esta nota y que, claramente, constituye un recurso elíptico para producir discusiones y debates justificatorios de las políticas neoliberales del actual gobierno de la alianza Cambiemos. Significantes como «ñoquis»¹ y como «grasa militante»² son parte de la narrativa neoliberal y neoconservadora que Lanata produce en consonancia con la reedición de la teoría de los dos demonios, la que da pie para caracterizar lo que denomina herencia residual, sustentada en el mito de la juventud maravillosa y en el que Walsh es utilizado como pretexto retórico.

La idea de «juventud maravillosa» tiñe la herencia residual: una generación que se supone de superhombres diezmada por militares extranjeros. Tal mito está tan enraizado en la cultura residual K que ha llevado a los jóvenes de La Plata, por ejemplo, a pensar que Rodolfo Walsh fue un gran periodista y escritor porque era guerrillero [...]. Es exactamente al revés: Walsh fue un gran escritor a pesar de ser guerrillero (Lanata, 2016, en línea).

Aunque se trata de una publicación medianamente reciente, en esta última afirmación encontramos una continuidad de sentido de la teoría de los dos demonios que apela a una configuración de la imagen de Walsh. Con anterioridad al texto de Lanata, y al cumplirse 25 años de la desaparición del escritor, Félix Luna afirmaba en su editorial de *Todo es historia*, de marzo de 2002:

[...] a fines de marzo de 1977 trascendió la noticia de la muerte de Walsh. Cuando supimos de esta tragedia, ello nos pareció coherente. Había apostado a la violencia como una alternativa política, y ahora era víctima de la violencia. Había abandonado el arma de la escritura, la que mejor manejaba, porque creyó que era un instrumento incompleto o inútil, y en cambio se había lanzado a la acción directa como dirigente de una organización rígida y combativa, manejada por un pequeño grupo clandestino cuyas órdenes no podían discutirse. Un intelectual como era Walsh, de naturaleza pacífica y reflexiva, había optado por una actividad militar con todo lo que esto conlleva de irracionalidad, disciplina ciega, brutalidad y primitivismo. La suya fue una opción de autenticidad y heroísmo personal, pero ahora nos preguntamos: ¿sirvió para algo? [...]. Nadie debería llorarle, porque él supo perfectamente los riesgos que afrontaba a partir de su elección. Habría que llorar, en todo caso, por este país donde un hombre tan dotado como él no vio otro camino que el de la lucha armada: una etapa previa a las desolaciones del presente (2002, p. 5).

Una vez más, le cabe también a Walsh operar como pretexto³ retórico para la reproducción de sentido de la teoría de los dos demonios. Otra vez, es un gran escritor *a pesar* de su condición militante —que además es calificada como guerrillera— término marcado frente a otras formas de sujetos y de colectivos que en las décadas del sesenta y del setenta optaron por alguna forma de sublevación o de lucha armada.

Sobre este último punto, y en el mismo sentido, Fabián Domínguez (1999) sostiene:⁴

A Mariano Moreno se lo respeta y recuerda como patriota, integrante del movimiento revolucionario que instaló el primer gobierno patrio y luchador por ideales libertarios, aunque el texto del plan revolucionario que elabora no es muy digerible para los estómagos e intelectos argentinos. Con Rodolfo Walsh en cambio ocurre al revés, muchos obvian y hasta le imputan haber participado de un movimiento revolucionario, aunque rescatan los textos que escribió en diversas etapas de su vida (en línea).

Estas omisiones e imputaciones, que redundan en rescates de los textos, nos permiten simplificar los abordajes teóricos, analíticos, reflexivos e interpretativos sobre la producción de Rodolfo Walsh en dos grandes grupos: aquellos que analizan sus trabajos desde el punto de vista literario de manera simplificada, omitiendo las condiciones materiales⁵ de la producción textual-comunicacional; y aquellos que ven en la militancia del escritor una posible radicalización o proletarización de su discurso, produciendo, muchas veces, un enfoque determinista.

Pensarlo en partes separadas fue algo que se hizo durante la larga década neoliberal. O que hicieron algunos: los que interesadamente intentaron escindir la escritura y el periodismo de su espesura militante, y, en la minoría de los casos, aquellos que también imaginaron que era posible proponer un Walsh montonero olvidando su oficio, aquel violento oficio que eligió entre todos los oficios terrestres y que lo hizo firmar la Carta a las Juntas como escritor (Saintout, 2011, p. 3).

Esa escisión entre escritura y periodismo es una operación que oblitera la fuerza de la escritura y su poder de operar sobre la realidad por parte de un escritor clave de nuestra historia. Por ello, a cuarenta años de su desaparición, proponemos recuperar las continuidades escriturales como dispositivo de producción cultural, a través de una lectura completa y, en ocasiones, a contrapelo de la obra periodística de Walsh para

analizarla como producción cultural / comunicacional y para reflexionar, así, acerca de la escritura como interpelación política, ideológica, cultural / comunicacional en el marco del devenir de las construcciones hegemónicas en nuestro país.

EL ENTRAMADO TEÓRICO

La reflexión sobre la escritura como interpelación política, ideológica, cultural / comunicacional requiere, a priori, establecer lineamientos teóricos. Para ello, es necesario retomar los planteos relativos al lenguaje, al discurso, a la ideología, a la narrativa, a la escritura y a la cultura, para así revisar los umbrales que permitan mapear la escritura de Walsh.

Si consideramos que la ideología es una dimensión material en la que los sujetos toman contacto con sus condiciones materiales de vida —ya que constituye un proceso de significación social y material que resulta de los vínculos prácticos que se establecen entre las ideas y la producción de la vida real— podemos afirmar que esta noción es inseparable de la cultura en tanto procesos materiales de producción de estilos de vida. Esta producción es una forma de praxis, es decir, una articulación teórico-práctica / simbólico-material⁶ del lenguaje social activo que articula la experiencia material en tanto captación social y continua de la realidad de una cultura cambiante y activa.

Esta posibilidad del lenguaje como sistema articulado y como articulación de toda experiencia supone la existencia de una escritura fundante de habla y de escritura —la archi-escritura—, por lo que la escritura es concebida como una función independiente de la naturaleza, del estilo y del contexto del escritor.

Para nuestro enfoque, el lenguaje no se limita a la noción estructuralista de sistema de signos, sino que el signo posee una acción variable en la práctica —ya que puede ser utilizado en situaciones nuevas y recurrentes— por lo que el proceso de significación —la relación entre significado y significante, forma y contenido— no es intrínseco y establecido sino que deviene de esta utilización en marcos específicos de disputa.

En este sentido, el lenguaje implica una dimensión de praxis social de sentidos como discursos y narrativas que surgen de la experiencia y del esfuerzo por narrarla. El discurso que narrativiza hace hablar al mundo como un relato consigo mismo, estructura

que lo precede, y debido a que ese mundo se encuentra regido por un orden moral y/o social, la narrativa se constituye como una práctica y como un marco que da inteligibilidad a toda forma de praxis.

Desde estas conceptualizaciones, nos preguntamos: el Rodolfo Walsh que recorrió las aventuras de la historia argentina, latinoamericana y mundial, ¿en qué muescas de su escritura embarca sus identificaciones que, a nuestro entender, son siempre tensionadas y nunca fijas?

COMUNICACIÓN / CULTURA COMO ENTRAMADO IDEOLÓGICO

El uso walshiano de la categoría ideología puede rastrearse en las denuncias de crímenes cometidos por el Estado a través de sus aparatos represivos, como la Policía y el Ejército, y culmina en la síntesis según la cual estos crímenes no son más que un proyecto político de una clase minoritaria garantizado por la alianza con las Fuerzas Armadas para la persecución, la proscripción y la eliminación de la resistencia popular. Proyecto minoritario que atenta contra los intereses del pueblo y contra el ser nacional de manera permanente: «No puede atentarse permanentemente contra el pueblo, contra sus hijos humildes, con toda impunidad» (Walsh, 1957, en Link, 1998, p. 37). Sin embargo, esta práctica permanente tiene, en los textos de Walsh, un punto de partida: los fusilamientos de civiles en un basural de José León Suárez durante la dictadura de Pedro E. Aramburu: «Todo permite suponer que en la madrugada del 10 de junio, a unas doce cuadras de la estación José León Suárez (F.C. Mitre), se cometió uno de los asesinatos en masa más brutales que registra la historia argentina» (Walsh, 1957, en Link, 1998, p. 38).

Lo ocurrido con anterioridad a este hecho no es más que una evolución, un modo de perfeccionamiento de la práctica represiva peronista:

En la época de Perón la Policía bonaerense era conocida como torturadora, ahora ha cimentado y acrecentado esa fama. [...] Que si entonces perfeccionó el uso de la maquineta (que no es precisamente la maquineta de afeitarse), ahora llegó a la matanza de prisioneros inermes (Walsh, 1958, en Link, 1998, p. 87).

Resulta interesante señalar la no distinción de regímenes políticos y el hecho de que en esta primera denuncia acerca del accionar policial no se establecen complicidades con el Ejército que, por ese entonces, ocupaba ilegalmente la presidencia de la Nación. Walsh parece no leer la complejidad estructural del Estado:

Quienes siguieron el relato de «Operación Masacre» habrán intuido que formuló algunos cargos contra el señor Jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires. Más precisamente, lo acusó de cinco homicidios consumados —por lo menos—, siete tentativas de homicidio y otros delitos menores, con el agravante de haberlos cometido en el ejercicio de la función pública y de haber pretendido ocultarlo valiéndose de su misma investidura (Walsh, 1/7/1957, p. 14).

Los fusilamientos de José León Suárez resultan ser crímenes cometidos por las fuerzas policiales de los cuales los militares en el poder toman conocimiento a partir de las notas periodísticas publicadas por Walsh en la revista *Mayoría*, no sin una aparente megalomanía: «Pocas veces he visto tanta inepticia junta en el ejercicio de la mentira. Lo grave es que se hayan desayunado con ella un subsecretario, un fiscal de Estado, un ministro de gobierno, un interventor federal y un presidente de la República» (Walsh, 1/7/1957, p. 16).

Esta ignorancia (noción relacionada con la de ideología como falsa / verdadera conciencia del marxismo ortodoxo) sobre los hechos también la asume el autor cuando solicita la protección del gobierno nacional ante el anuncio del Jefe de Policía de reprimir a quienes «por cualquier medio provoquen pública alarma o depriman el estado público» (Walsh, 1957, en Link, 1998, p. 49).

Pero aquí Walsh realiza una praxis reflexiva que complejiza su concepción política: en la última nota de la serie, aventura la connivencia de los poderes del Estado en el encubrimiento de los hechos y hace responsable al Poder Ejecutivo de las consecuencias que la denuncia puede acarrearle.

Habiendo el Poder Ejecutivo derogado el estado de sitio —medida que aplaudo— cualquier amago de detención no fundada en orden de juez competente configurará, sin más, una tentativa de secuestro, que en ejercicio del legítimo derecho a la defensa propia, estoy dispuesto a resistir en el momento y en el lugar en que se produzca, con los medios a mi alcance. Y desde ya, ante la opinión pública del país y del exterior, hago responsable al señor Jefe de Policía de la Provincia, al Poder Ejecutivo de quien depende, y a las tres fuerzas armadas en nombre de las cuales éste gobierna, de todas las consecuencias que tales intentos pudieran acarrear a mí o a terceros (Walsh, 8/8/1957, p. 19).

Muchos años después, los textos de Walsh enmarcarán los hechos de junio de 1956 en un proyecto de país delineado por una clase social minoritaria, lo que implica una complejización en su reflexión, en tanto se incluye a los sectores civiles y la disputa entre modelos de Nación.

Otra violencia menos espectacular y más perniciosa se instala en el país con Aramburu. Su gobierno modela la segunda década infame, aparecen los Alsogaray, los Krieger, los Verrier que van a anudar prolijamente los lazos de la dependencia desatados durante el gobierno de Perón (Walsh, [1972] 2000, p. 94).

Una minoría que aliada a las Fuerzas Armadas persigue, proscribire y elimina toda resistencia y oposición política popular.

Aramburu estaba obligado a fusilar y a proscribir del mismo modo que sus sucesores hasta hoy se vieron forzados a torturar y a asesinar por el simple hecho de que representan a una minoría usurpadora que sólo mediante el engaño y la violencia consigue mantenerse en el poder. La matanza de junio ejemplifica pero no agota la perversidad de ese régimen (Walsh, [1972] 2000, p. 94).

En esta misma línea, que articula Estado como aparato represivo complejo y de carácter de clase, Walsh produce «Carta Abierta...», en 1977: «En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada» (Walsh, [1977] 2000, p. 125). Allí, acusa a los jefes militares de planificar una cruenta y feroz represión cuyo último objetivo es la implementación de un modelo económico que solo beneficia a una selecta minoría, y adelanta el modelo de acumulación financiera que se impondría en tanto neoliberalismo aún sobre sectores agroexportadores.

La vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete (Walsh, [1977] 2000, p. 127).

¿Es este proyecto político económico, sostenido gracias a la más feroz de las represiones, una categoría cultural-comunicacional distinta a la adjudicada al peronismo o a la utilizada en su militancia nacionalista? La respuesta exige un rodeo, ya que la utilización de la noción de ideología se articula en dispositivos discursivos sobre revolución, democracia y dictadura.

«¿Quién proscribire a Perón?» será el primer texto en el que Walsh haga referencia al Golpe de Estado de 1955 como derrocamiento de Perón. En sus producciones anteriores se refiere a este hecho como caída, Gobierno Provisional y/o Revolución Libertadora.

Al asumir la defensa de Ricardo Peralta Ramos y del diario «La Razón», interdictos por el gobierno revolucionario [...] (Walsh, 16/6/1958, p. 19). Cita en provecho suyo algunas expresiones favoritas de la Revolución Libertadora [...] llega por fin a las más altas autoridades del gobierno revolucionario [...] Todo se reduce a buscar al gran chiflado por antonomasia de la Revolución Libertadora [...] (Walsh, 14/7/1958, p. 20). Porque el asesinato de Satanowsky es la culminación de una campaña dirigida contra él por el Gobierno Provisional [...] pudo tener en su poder el documento que buscaba el gobierno revolucionario para apoderarse del diario «La Razón» (Walsh, 15/9/1958, pp. 19-20).

KEES fue el último servicio de informaciones creado por el gobierno peronista antes de su caída [...] Sin duda el interés mayor de estos documentos es que muestran cómo se vivió la revolución del '55 desde adentro de los organismos encargados de reprimirla. Aquí seleccionaré los partes más importantes, que constituyen una historia íntima de la revolución de setiembre, vista desde el bando de los vencidos. Puesto que la revolución del '55 triunfó [...] ninguno de los dos ha figurado hasta ahora en las historias publicadas de la revolución del '55 [...] jefe de estado mayor del comando revolucionario que respondía a Aramburu [...] La Revolución Libertadora no iba a ocurrir, por lo menos en Córdoba [...] que duraría hasta la caída de Perón (Walsh, 1967, en línea).

La denominación de «Revolución Libertadora» no aparece en Walsh en los mismos términos que la resistencia peronista y los movimientos populares, aun en un texto breve sobre «Caso Satanowsky» publicado en 1973 en la revista *Crisis*:

Es la cátedra universitaria que conquista en 1921, a la que renuncia previsiblemente con el ascenso del peronismo, que recupera con los primeros vientos de la Revolución Libertadora y a la que aporta los consabidos tratados minuciosos y eruditos [...]. La Revolución Libertadora a la que admira será con él más despiadada que el peronismo del que abomina [...]. Espejo de la Década Infame que lo forjó, solamente la Revolución Libertadora iba a permitirle una plena expansión de sus facultades. [...] al despuntar la Libertadora (Walsh, 1973, pp. 20-22).

En el vocabulario de Walsh también se encuentran menciones al Golpe de Estado de 1966 como Revolución Argentina y al onganiano como dictadura, recorrido parecido al de sectores del peronismo: «La ejecución de Aramburu provocó una semana más tarde la caída del general Onganía, cuya dictadura ya había sido resquebrajada otro 29 de mayo» (Walsh, [1972] 2000, p. 93). De la misma manera denomina a la última Dictadura cívico militar, aunque la similitud sea solo en términos de nominación ya que marcará una diferencia: los crímenes cometidos no permiten equipararla con otras dictaduras, porque la que se inició en 1976 tuvo una función disciplinaria para implantar un nuevo modelo económico neoliberal.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras (Walsh, [1977] 2000, p. 122).

Los términos revolución y dictadura aparecen también en los textos en los que Walsh hace mención a la Revolución Cubana y a los intentos del imperialismo internacional por desprestigiarla.

Convencer al resto del continente de que el gobierno cubano es una dictadura comunista [...] Se trata en suma de expulsar a Cuba de la Junta, e inmediatamente crear esa policía interamericana que ha de ser la panacea contra las revoluciones sociales (Walsh, 1961, en Link, 1998, pp. 130-133).

Aquí la revolución es necesaria y social, y se diferencia profundamente de la revolución rusa devenida en dictadura comunista (que no es lo mismo que militar). ¿Por qué la utilización de este término es indistinta? ¿Será que lo que realmente importa es el proyecto político-económico? ¿Es lo mismo la Revolución Cubana que una «Libertadora»? Cuando Walsh habla de revolución, ¿lo hace desde su conceptualización más básica?

Si la revolución es entendida como un proceso en el que se evidencian cambios profundos, y generalmente violentos, en las estructuras políticas, sociales y económicas de cualquier sociedad, es lógico suponer que se utilice para denominar Golpes de Estado. A nuestro entender, aquí podría considerarse que en el enfoque walshiano los procesos económicos iniciados por la Dictadura de 1955 son «revolucionarios» si los consideramos desde su definición más básica: generaron cambios profundos en las estructuras socioeconómicas de nuestro país y permiten, además, explicar sucesos posteriores como el «Cordobazo», el apoyo del pueblo a Perón y hasta el secuestro y el fusilamiento de Aramburu. En la escritura walshiana, excepto en la «Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar», el significante revolución es adjetivado por «cubana» o por «libertadora», sin aparente contradicción.

En tanto, la misma denominación al sistema soviético como dictadura comunista se equipara con las atrocidades cometidas durante el nazismo en Alemania y ambas con los crímenes cometidos durante la dictadura de Aramburu, específicamente con los fusilamientos de José León Suárez, algo que en los debates contemporáneos se complejiza: las apelaciones a la violencia no son equiparables en distintos procesos.⁷ «Que la Argentina libertadora y democrática de junio de 1956 no tuvo nada que envidiar al infierno nazi, al infierno comunista [...] abre el camino a las cámaras de gas y a los campos de exterminio colectivo de la Alemania nazi y la Rusia comunista» (Walsh, 1/7/1957, p. 14).

En la misma línea, la alegoría del nazismo es utilizada para caracterizar y para establecer similitudes con otras dictaduras de la Argentina:

Por los mismos días en que el coronel Camps completaba su represalia, el coronel de las SS nazis Herbert Kapler agonizaba en una cárcel de Italia y el pueblo italiano protestaba contra el proyecto de dejarlo en libertad. Igual que Camps, Kapler fijó una cuota de diez por uno después de que una bomba en la jefatura de policía nazi en Roma matara a treinta y tres de sus hombres en marzo de 1944; las 335 víctimas fueron masacradas en las Cuevas Ardeatinas. No es la única semejanza que los observadores empiezan a encontrar entre el nazismo y la dictadura argentina. El 27 de setiembre la revista española *Cambio 16* publicó una nota titulada «Ochenta zapatos vacíos» en la que comparaba el centro de torturas de Campo de Mayo con los campos nazis de concentración, hasta en el detalle de las ropas de los ejecutados que se van acumulando (Walsh, 1976, en Link, 1998, pp. 409-410).

Asimismo, los crímenes de la Dictadura cívico militar, similares a los cometidos durante el nazismo, se equiparan en cierta medida con los cometidos durante la ocupación de Vietnam, en una nueva operación que podríamos calificar de humanismo pacifista: «Se mata para equilibrar la balanza de las bajas según la doctrina extranjera de “cuenta-cadáveres” que usaron los SS en los países ocupados y los invasores en Vietnam» (Walsh, [1977] 2000, p. 123).

En todos los casos, estos crímenes encuentran un rasgo común en la dominación y en la opresión:

Cuando en 1945 se desmoronó el nazismo y se abrieron las puertas de los campos de concentración —las cámaras de gas, los patéticos restos de una infinita carnicería—, un sentimiento de horror sacudió a Europa. Los europeos tienen una singular capacidad para proyectar los propios demonios a lejanos escenarios. Muchos franceses creen que las atrocidades de Hitler son distintas de sus propios crímenes en Indochina y en Argelia: ingleses que no han oído de Kenya se asustan de las persecuciones de Stalin, y algunos italianos están convencidos de que el fascismo nació en la Argentina (Walsh, 1974, en Link, 1998, p. 383).

Frente a estas atrocidades, lo que se ha dado en llamar «terrorismo» tiene una valoración positiva, en tanto Walsh lo concibe como un tipo de violencia que aprueba por tratarse de la ejercida por los pueblos oprimidos que luchan por liberarse de sus opresores.

Dije allí que apruebo la violencia de los pueblos oprimidos que luchan contra sus opresores. Eso significa que el terrorismo que se inscribe en esa lucha es —más allá del juicio particular sobre cada acción— tan legítimo en el caso de los palestinos como en el de la Resistencia francesa (Walsh, 1974, en Link, 1998, p. 406).

Aquí, pareciera haber dos tipos de terrorismo: el de los pueblos oprimidos que, a pesar de lo cuestionable de sus acciones, resulta legítimo porque su objetivo es la liberación; y el ejercido por los pueblos opresores, cuyo objetivo es la dominación de un pueblo y que en nombre de reprimir las acciones del terrorismo de los oprimidos, siguen legitimando ese objetivo original.

El objetivo del terrorismo palestino es recuperar la patria de la que fueron despojados los palestinos. En la más discutible de sus operaciones, queda ese resto de legitimidad. El terrorismo israelí se propuso dominar a un pueblo, condenarlo a la miseria y al exilio. En la más razonable de sus «represalias», aparece ese pecado original (Walsh, 1974, en Link, 1998, p. 401).

Para Walsh, este terrorismo es la respuesta lógica y razonable a una construcción que pretendió resolver las contradicciones en territorio palestino a partir de una ideología alimentada por mitos bíblicos y por simulaciones de un país deshabitado por un opresor que, a nuestro entender, oblitera aspectos emancipatorios de, por ejemplo, la violencia bolchevique de 1917.

Esta noción de terrorismo, sin embargo, no se aplica a los procesos de lucha armada que tuvieron lugar en la Argentina durante las décadas del sesenta y del setenta ni a sus protagonistas.

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos. [...] La cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar [...] aun si mataran al último guerrillero (Walsh, [1977] 2000, pp. 125, 126, 127).

De la misma manera, se denominan a Fidel Castro —«el guerrillero de la Sierra Maestra» (Walsh, 1961, en Link, 1998, p. 120)— y a la resistencia vietnamita —«guerrillas del Vietnam», «guerrilleros vietnamitas», «la guerrilla» (Walsh, 1965, en línea)—.

En estos casos, los conceptos «guerrilla» y «guerrillero» son utilizados para adjetivar a las acciones y para denominar a los protagonistas de la lucha armada revolucionaria, y funcionan como un calificativo únicamente en el caso de la mención a Fidel Castro.

ESCRITURA Y NARRATIVA COMO PRODUCCIÓN DE SENTIDO

En la narrativa periodística de Walsh podemos identificar discursos que operan como síntesis y que construyen sentido sobre procesos determinantes en el devenir político, social y económico de nuestro país. De la misma manera, estos discursos evidencian otras construcciones de sentido acerca de conceptos como «lucha de clases» y como «poder» que a la vez proponen una lectura acerca del peronismo en el marco de estas concepciones.

Tomamos esta mención acerca del reemplazo de Eduardo Lonardi por Aramburu y el paso de «ni vencedores ni vencidos» a la política de «tierra arrasada» contra el peronismo:

Después se hizo todo lo contrario. Después las cosas no salieron como lo esperaba la inmensa mayoría del país, deseoso de paz y de concordia. Después se invirtió el signo, pero las tropelías continuaron. Ya no se apaleó a estudiantes pero se apaleó a obreros. Y la opresión ideológica, insufrible en la última época del peronismo, alcanzó su más perfecto símbolo en el decreto 4.161 (Walsh, 3/6/1957, p. 8).

Hay aquí cierto discurso desilusionado. La expresión «todo lo contrario» nos lleva a pensar que algunos supusieron que, a lo sumo, el derrocamiento de Perón pondría fin a su gobierno y a su presencia. No existe mención alguna acerca del odio de clase, ni de las represalias. El Golpe traería paz y concordia, aunque los protagonistas fueran los mismos que habían bombardeado la Plaza de Mayo. La inmensa mayoría del país resulta también una abstracción, más si tomamos en cuenta el apoyo popular con el que contaba Perón, y baste para esto remitirnos al resultado de las elecciones o a las manifestaciones de apoyo que se registraron por esos días y a los intentos de defensa del gobierno popular.

Walsh configura paralelismos y continuidades entre el gobierno peronista y la Dictadura. Mientras el primero apalea estudiantes, la segunda dirige sus palos a los obreros; la opresión ideológica insufrible durante los últimos meses del gobierno peronista, sobre la que no se brindan más detalles, es considerada un antecedente o un borrador del decreto 4.161, que prohibió al peronismo como expresión política, que persiguió y que encarceló a sus militantes y que realizó quemas públicas de objetos de la Fundación Eva Perón.

Años después, en el marco de la historia y la historicidad⁸ de Walsh, este proceso se describiría como la expresión del odio que devino en el enfrentamiento entre dos clases sociales.

El decreto que prohíbe nombrar a Perón o la operación clandestina que arrebató el cadáver de su esposa, lo mutila y lo saca del país, son expresiones de un odio al que no escapan ni los objetos inanimados, sábanas y cubiertos de la Fundación incinerados y fundidos porque llevan estampado ese nombre que se concibe como demoníaco. Toda una obra social se destruye, se llega a segar piscinas populares que evocan el «hecho maldito», el humanismo liberal retrocede a fondos medievales: pocas veces se ha visto aquí ese odio, pocas veces se han enfrentado con tanta claridad dos clases sociales (Walsh, [1972] 2000, p. 94).

Un enfrentamiento que también se explica en términos de clase y, sobre todo, de traición a ella:

La defensa de esos bienes del pueblo es el título de Perón al reconocimiento de cualquiera que se titule antiimperialista, pero también al odio de los privilegiados. La oligarquía que lo declaró traidor a la patria tenía razón, porque en su lenguaje, patria es la clase explotadora, y Perón traicionó a esa clase, como traicionó al ejército cuyos jefes iban a convertirse en gerentes de aquellos monopolios. Es natural que la oligarquía vea un pecado en esa defección, pero es inevitable que el pueblo perciba una solidaridad y una virtud (Walsh, [1972] 2000, p. 43).

El pueblo apoyó a Perón por la defensa que hizo de los bienes que le pertenecían, a los que además se equipara con la noción de «Patria». Como Perón defendió al pueblo cuando pertenecía a la clase que históricamente lo explotaba, es también un traidor a la clase que ha considerado a la Patria como suya y que ha intentado siempre despojarla de sus bienes.

Encontramos hasta aquí una comprensión de los procesos políticos, económicos y sociales en clave de lucha de clases y de poder, lo que nos lleva a detenernos en la construcción de sentido acerca del peronismo. Para eso, analizaremos las concepciones acerca del Golpe cívico militar contra el gobierno de Perón, que aparece caracterizado casi como una guerra mediante la utilización de términos como «enemigo» y «fuerzas leales» para referirse al gobierno peronista, que luego será el gobierno depuesto: «Ha contenido al enemigo en todo el frente [...] La ofensiva de las fuerzas leales [...] el gobierno peronista [...] al gobierno depuesto» (Walsh, 1955, en Link, 1998, pp. 24, 26, 28).

Aunque «2-0-12 no vuelve» (1955) no se trata de una apología de la Revolución, ni un aplauso a la Libertadora, la construcción de la figura de enemigo que se hace sobre las fuerzas armadas leales al gobierno constitucional nos permite asegurar que Walsh no ve con malos ojos el Golpe de Estado al que siempre denominó Revolución Libertadora, aún en publicaciones posteriores a su incorporación al movimiento armado peronista.

Esta caracterización del Golpe como una guerra aparece, nuevamente, en la publicación de los informes de KEES, el servicio de informaciones creado por el gobierno de Perón: «Aquí seleccionaré los partes más importantes, que constituyen una historia íntima de la revolución de setiembre, vista desde el bando de los vencidos» (Walsh, 1967, en línea). La utilización de los términos «bando» y «vencido» presentan una línea de continuidad con la caracterización de enemigo y de fuerzas leales realizada en «2-0-12 no vuelve». De la misma manera, el Golpe de Estado no es derrocamiento del gobierno peronista, ni un avasallamiento a las garantías constitucionales. A lo sumo, es un desplazamiento del gobierno: «Tocamos otro punto neurálgico: el del partido desplazado del gobierno en setiembre de 1955» (Walsh, 1958, en Link, 1998, p. 47), o una simple caída: «KEES fue el último servicio de informaciones creado por el gobierno peronista antes de su caída» (Walsh, 1967, en línea).

Este último punto resulta llamativo, puesto que años anteriores, como se indicó, los textos de Walsh expresaban cierta desilusión, que a veces es política y otras veces funciona como producción de un problema ético y cognitivo.

Después se hizo todo lo contrario. Después las cosas no salieron como lo esperaba la inmensa mayoría del país, deseoso de paz y de concordia. Después se invirtió el signo, pero las tropelías continuaron. Ya no se apaleó a estudiantes pero se apaleó a obreros. Y la opresión ideológica, insufrible en la última época del peronismo, alcanzó su más perfecto símbolo en el decreto 4.161 (Walsh, 1957, 3/6/1957, p. 8).

Sin embargo, una lectura profunda de este texto nos permite inferir que el Golpe es una esperanza que la mayoría del país esperaba con ansias y que la única modificación sufrida tras los hechos de septiembre es la inversión del signo, aunque no un fin de las tropelías. Incluso, las operaciones de prensa que se denuncian en «La Operación Masacre» son equiparadas con la opresión ideológica y la persecución estúpida a la que el peronismo sometió a la prensa.

Bajo titulares variadamente infamantes, los diarios publicaron aquella noticia en que los nombres de Doglia y Longoni aparecían, por siniestra paradoja, entre el de un policía borracho y el de un policía torturador. Todos igualmente «destituidos por causas éticas». El mismo Apold no lo hubiera hecho mejor (Walsh, 8/8/1957, p. 18).

El Golpe de Estado contra Perón y sus consecuencias, como ya se dijo, serán evaluados en los textos «¿Quién proscribire a Perón?» y «Aramburu y el juicio histórico». En el primero de estos textos es donde se denomina por primera vez como derrocamiento lo que antes era caída o deposición, lo que supone una tensión escritural de la narrativa walshiana en su modo de caracterizar un Golpe de Estado tan sangriento como el de 1955 al utilizarlos de manera indistinta: «A Perón lo proscribire la oligarquía que lo derrocó y los monopolios que luego se adueñaron de la industria, del comercio, de los bancos y de la tierra» (Walsh, 1972, p. 43).

La utilización del concepto y la concepción histórica que se proponen en el texto acerca de los años transcurridos entre el Golpe de Estado de 1955 y el retorno del General Perón a la Argentina pueden encontrar su explicación en el derrotero político atravesado por el propio Walsh en su historicidad.

En 1945 adherí a la gesta popular, pero desde la derecha: era miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista [...]. Tomé, en la opción popular, la variante relativamente más reaccionaria. La ALN encerraba elementos muy contradictorios. Había camaradas —así nos llamábamos— con fuertes problemas antisemitas, por ejemplo; pero éramos auténticos en nuestro antiimperialismo [...]. La Alianza adhería al peronismo porque veía en él una fuerza nacionalista, pero su consigna era sencilla: cascar a los de la FUBA [...]. [en 1952] voté por los radicales y fui vagamente antiperonista. No pierdo los ejes nacionalistas en materia económica, pues aplaudo las nacionalizaciones, pero hay en mí una involución: comienzo a caer en la gran trampa cultural [...]. En 1955 casi me hago peronista, cuando Perón se pelea con la Iglesia. Eso me fascinó [...]. Estaba inhibido por mi extracción social de hacer análisis políticos objetivos, en función de la nación total [...]. [en 1955 estaba] influenciado por los argumentos antiperonistas sobre el petróleo, falsamente fundados e instrumentados por la oposición [...]. El contacto con la clase trabajadora es una vivencia que a uno lo transfigura. [en 1968] todavía no era peronista, dudo [...]. Mis propios compañeros —peronistas— me sugirieron que terminara con esas dudas. Objetivamente, me hicieron reflexionar, yo trabajaba para el movimiento [...]. Antes, en el 56, viví desde afuera la encarnizada persecución al peronismo. Ahora la vivía desde adentro, compartiendo las luchas y las persecuciones, las torturas de cientos de compañeros, la clausura del periódico. A mí me convencieron los hechos (Fossati, 1972, pp. 38-39).

Esta narrativa histórico-biográfica retoma y complejiza nuevamente a Walsh:

El capítulo [de Operación Masacre] que trata la rebelión de Valle [...] está hecho desde afuera del Movimiento Peronista [...] para hacer algo más serio, más profundo, tendríamos que analizarlo desde dos ángulos: por un lado, Valle y los militares de junio juegan su destino junto a la clase trabajadora traicionada, y por eso los fusilan. Valle es un traidor a su clase, que toma partido por los oprimidos. Nunca el Ejército fusiló a un militar, pero a quienes traicionan su clase sí. Por eso Perón es traidor a la Patria. La oligarquía, cuando dice Patria, quiere decir clase. Por otro lado, hay que analizar la forma y los métodos propuestos por la gente de junio para retomar el poder. El golpe militar no es una forma de lucha de la clase obrera. Y esa era la limitación objetiva del movimiento (Fossati, 1972, p. 39).

De esta manera, leemos en Walsh un deslizamiento —y hasta podemos aventurar una reescritura— de su obra más significativa en relación con su recorrido y con sus modos de configurar la inteligibilidad de la política, al tiempo que sintetiza una definición del peronismo, aunque siempre tensionada.

El peronismo es fundamentalmente la clase trabajadora, por lo tanto es el agente revolucionario. Claro que históricamente la ecuación no se presenta tan transparente, la composición de clase del movimiento varía según el momento histórico, hay distintos niveles de conciencia. En el 45, en el 56 —y en general cuando las papas queman— queda reducido a su esqueleto, los trabajadores y el líder preso o exiliado, o sea la verdad verdadera del peronismo y la expresión de su espíritu revolucionario: el 17 de octubre, la Resistencia. En el gobierno o en las épocas de ficción electoral aumenta con sectores de otras clases que aspiran a conducir la masa para realizar un proyecto que a corto o a mediano plazo puede coincidir con el de los trabajadores, pero que a largo plazo no coincide. Luego, esos aliados se revelan enemigos: el Ejército y la llamada burguesía nacional en 1955, el frondizismo en 1959. El proceso no es una pura repetición [...]. Los niveles de enfrentamiento y los métodos de lucha, la estrategia y el objetivo no permanecen cristalizados a nivel de 1945, 1955 o 1968. Por otro lado, hay incorporaciones más estables —clase media pauperizada, estudiantes del interior— cuyo peso se vio a partir del cordobazo (Fossati, 1972, p. 39).

Es necesario señalar que estas concepciones, estas relecturas y estas síntesis ideológicas están atravesadas por la mirada en clave de lucha revolucionaria, en términos de clase y de nación: «[Perón es] la figura central que cohesiona a la clase en su proyecto antiimperialista» (Fossati, 1972, p. 39). Así, el peronismo es formulado como el espacio de la clase trabajadora cuyo proyecto antiimperialista es cohesionado por el general Perón.

Es también en esta clave que Walsh define y sintetiza el lugar que cree ocupar en el interior del movimiento peronista: un militante del bando oprimido que descrea de la neutralidad: «Si se admite que la antinomia básica del régimen, antiperonismo / peronismo, traduce la contradicción principal del sistema, opresores / oprimidos, yo no me voy a anotar en el bando de los opresores ni de los neutrales» (Fossati, 1972, p. 39).

Esto nos pone frente a un Walsh que no se reconoce abiertamente peronista, pero que entiende al movimiento como el único capaz de cohesionar a la clase trabajadora y a su proyecto antiimperialista.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La obra y el lenguaje de Walsh producen una escritura y una narrativa que aún en la actualidad, tal como vimos al inicio de este artículo, generan sentidos y disputas que nos exigen correr nos de la comodidad del intelectual liberal.

Nuestra lectura de Walsh (su escritura, sus interpelaciones, sus operaciones ideológicas, etc.) articuló una praxis que es denominada con su nombre propio y en la que no depositamos sus textos de manera analítica (divisoria, quirúrgica) sino que configuramos un recoveco donde la lectura consteló, desde una relación fantasmática⁹ con la historia, a una historicidad en términos de la materialidad de las acciones / intervenciones de la escritura.


De acuerdo con Gilles Deleuze y con Félix Guattari (1978), un sujeto no es el autor de un texto porque no existe como sujeto en tanto que su obra se construye por múltiples elementos (que incluyen lo material, el entorno, lo espiritual, etc.). Un libro, un texto, una obra pueden producir múltiples sentidos de acuerdo a quién, dónde, cuándo y cómo los lee. Lejos de una postura relativista, esto nos obliga a afinar nuestras miradas y nuestra letra para hacer de la especificación reflexiva e interpretativa una operación crítica.

Lo anterior, entonces, es una invitación a establecer, a trazar nuevos mapas, a encontrar los puntos de fuga y las multiplicidades en la narrativa de Walsh, sin aspirar a fundar un canon walshiano o su ubicación en una genealogía escrituraria criolla pero tampoco caer en un recoveco de trastos, sino de tramas y de tensiones de escritor que aún enseña.

En este sentido, consideramos que Walsh no puede ser leído en clave de proceso de proletarianización, de maduración o de radicalización ya que esto implica una simplificación que articula la escritura con la historia de manera determinista. Para nosotros, esta articulación exige negar un desarrollo lineal y evolutivo de la historia. En este

sentido, y retomando la noción de genealogía de Michel Foucault (1986), se trata de intentar demostrar cómo emergen y de dónde proceden las ideas, los valores o las identidades sociales que son el producto de relaciones de fuerza en temporalidades y en espacios específicos. Al negar el carácter lineal de la historia y abandonar la búsqueda del origen, la genealogía desconoce las verdades absolutas y busca los pasados plurales, y hasta a veces contradictorios, que revelan cómo el poder influye en la verdad que las sociedades aceptan como incuestionable.

El lenguaje, como ya hemos señalado, es la dimensión de praxis social que Walsh materializa en narrativas que refieren a la experiencia por tematización o por carencia. De esta manera el discurso que narrativiza hace hablar a un mundo que se encuentra regido por un orden moral y/o social, por lo que la narrativa se constituye como una práctica y como un marco que otorga inteligibilidad y subjetivación del propio escritor, configurando lo que con la hermenéutica hemos denominado historicidad.

Dar testimonio en tiempos difíciles sintetiza una posición de fidelidad que si bien se enmarca en una acción colectiva y militante es, a la vez, definición ética que Walsh elige como cierre de su último texto para definir no solo su devenir individual sino el de toda su escritura. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aron, R. (1965). *Democracia y totalitarismo*. Barcelona, España: Seix Barral.

De Gaulejac, V. (2013). *Neurosis de clase. Trayectoria social y conflictos de identidad*. Buenos Aires, Argentina: Del Nuevo Extremo.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*. México D. F., México: Era.

Fossati, E. (1972). Operación Walsh. *Primera Plana*, 38-39.

Foucault, M. (1986). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Link, D. (1998). *Rodolfo Walsh. El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Luna, F. (2002). Acerca de Rodolfo Walsh. *Todo es historia*, (46), 5.

Saintout, F. (2011). Prólogo. En *Instantes con Rodolfo Walsh* (13-15). La Plata, Argentina: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Walsh, R. (3 de junio de 1957). La «Operación Masacre» Un libro que no encuentra editor. *Mayoría*, 8-11.

Walsh, R. (10 de junio de 1957). La «Operación Masacre» Un libro que no encuentra editor. *Mayoría*, 10-13.

Walsh, R. (1 de julio de 1957). La «Operación Masacre» Un libro que no encuentra editor. *Mayoría*, 14-16.

Walsh, R. (8 de agosto de 1957). La «Operación Masacre» Un libro que no encuentra editor. *Mayoría*, 17-19.

Walsh, R. (16 de junio de 1958). Caso Satanovsky. *Mayoría*, 19-21.

Walsh, R. (14 de julio de 1958). Caso Satanovsky. *Mayoría*, 18-20.

Walsh, R. (15 de septiembre 1958). Caso Satanovsky. *Mayoría*, 19-21.

Walsh, R. (1972). ¿Quién proscribe a Perón? *Antropología 3er Mundo*, (11), 43.

Walsh, R. (julio de 1973). Rodolfo Walsh. Tres retratos. *Crisis*, (3), 20-22.

Walsh, R. (2000). *Operación Masacre*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de La Flor.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

Domínguez, F. (1999) «El caso Rodolfo Walsh: Un clandestino», concurso anual de ensayos legislador José Hernández 1999, organizado por el Senado de la Nación. Recuperado de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/wolf/walsh00.htm>

La Nación (13 de enero de 2016). Prat Gay habló de «grasa militante» y desató la polémica en Twitter. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1861924-prat-gay-hablo-de-grasa-militante-y-desato-la-polemica-en-twitter>

Lacan, J. (1966-1967). Seminario 14: La lógica del Fantasma (trad. Ricardo E. Rodríguez Ponte). Recuperado de <http://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudianajaqueslacanseminario14.html>

Lanata, J. (7 de febrero de 2016). Sobre la militancia, *Clarín*. Recuperado de http://www.clarin.com/politica/militancia_0_1517848505.html

Walsh, R. (1965). Cordobazo. Recuperado de <http://www.memoriaabierta.org.ar/materiales/pdf/cordobazo.pdf>. Fecha de consulta: 20 de marzo de 2017

Walsh, R. (4 de agosto de 1967). Vida y muerte del último servicio secreto de Perón. *Todo es Historia*, (4). Recuperado de <http://depoliticaehistoria.blogspot.com.ar/2016/09/vida-y-muerte-del-ultimo-servicio.html>

NOTAS

1 En la Argentina, se denomina así al empleado que solamente concurre a su trabajo para cobrar el sueldo a fin de mes. La fecha se asocia al día 29 y a la tradición local de almorzar o de cenar ese tipo de pasta.

2 En enero de 2016, el ministro de Hacienda, Alfonso Prat Gay, justificó la ola masiva de despidos de empleados estatales —cuyo objetivo último es el vaciamiento del Estado y de los programas y las políticas sociales— argumentando: «No vamos a dejar la grasa militante, vamos a contratar gente idónea y a eliminar ñoquis» (*La Nación*, 2016, en línea). De esta manera, el Ministro afirmaba que la estructura estatal se encontraba plagada de militantes políticos kirchneristas rentados con recursos del Estado, por lo que se hacía lógico e inminente su despido y su reemplazo. Asimismo, el uso de este último calificativo negaba la capacidad de los empleados despedidos para desempeñar tareas remuneradas en el ámbito estatal.

3 «Pretexto» y no «causa», ya que las interpelaciones que produce su lectura se articulan en la historia y en la historicidad de su obra.

4 Se trata de un texto que obtuvo el primer premio en el concurso anual de ensayos «Legislador José Hernández 1999», organizado por el Honorable Senado de la Nación.

5 Con condiciones materiales no nos referimos al reduccionismo del materialismo ortodoxo, sino a un conjunto de presiones comunicacionales-culturales en el que las subjetividades producen sus prácticas.

6 En nuestra redacción utilizamos la barra (/) y no la conjunción en tanto la diferencia entre la praxis y lo material simbólico solo es posible de realizar en términos analíticos.

7 Esa posición tiene un antecedente ilustre en Raymond Aron, quien en su libro *Democracia y totalitarismo* (1965) y en textos posteriores, subraya dos diferencias esenciales entre ambos regímenes: 1.- El comunismo soviético es un régimen internacionalista, por lo menos formalmente (aunque en la práctica fue una forma de imperialismo eslavo), cuya legitimidad provenía de una revolución clasista y cuyo referente último se halla en el ideal emancipatorio que deriva de las Luces. El nazismo, en cambio, se opone frontalmente al espíritu de la Ilustración, que el comunismo reivindica, denuncia que las libertades democráticas ahogan al pueblo en beneficio de los burgueses desnacionalizados, reivindica la supuesta «comunidad originaria» (racial) y busca los orígenes de la patria en la Edad Media. 2.- El comunismo conduce al campo de trabajo y tiene la voluntad (absurda) de construir un «hombre nuevo», educado en valores colectivos. Se usa el trabajo (brutal) como pedagogía, para reeducar (?) a los desafectos. En cambio, el nazismo lleva a la cámara de gas, al exterminio étnico de judíos y de gitanos. Nadie pretende reeducar: es un sistema cerrado («noche y niebla»). Del campo de exterminio no se puede salir vivo.

8 Siguiendo a Vincent de Gaulejac (2013), cuando sostiene que «el individuo es, en primer lugar, un producto de la historia social, inscripto dentro de un orden ya constituido, y que esa historia determina la manera en la que él va a posicionarse en tanto agente de historicidad».

9 La «lógica del fantasma» proviene de Freud y, sobre todo, de Jaques Lacan (1966-1967), quien considera al «fantasma» como aquella instancia que marca una relación «inicial» entre sujeto y significante.